

EL CLAMOR COLECTIVO

Vas andando. No sufres. Estás vivo porque alguien habla cerca, porque, a veces, ves a un hombre que pasa y te saluda, porque dices: «mañana habrá trabajo», «sé que debo luchar hacia morirme», «me acuerdo de aquel día y de sus ojos».

Vas andando, repito. El mundo rueda sonoramente igual en cada olvido. Tampoco eres feliz. Tampoco sabes que ni eres feliz ni estás sufriendo.

En algún sitio, piensas, la hermosura crecerá de lo oscuro hasta la vida, de un pedazo de amor hasta la muerte, de otras cosas que son como si nada. Acaso habrá tristeza en una boca, acaso sueñe un hombre, y es posible que un niño esté jugando con el mundo.

De pronto, te sucede que recibes un golpe en las rodillas, algo así como una rueda cruel y trepadora que te gira hacia el pecho, que te arrastra con ella hacia tu propio pecho, tal el súbito oleaje en los cantiles proyecta allí su seno y lo devuelve al mar nativo sucesoramente.

No entiendes, al principio. Todo sigue espejándose en todo. Encristalada mente navega el mundo hacia sí mismo. Te saludan. Esperas. Buscas dentro. Tal vez te estén llamando, te pregunten si vas ciego, si es que ya te desvives. No contestas. Tú, perdido, caminas.

Al fin ves claro. Empiezas a ver claro una especie de lumbre ensecretada, como un clamor de luz participante, que es tuyo y colectivo, que también es mío desde siempre y es de todos tus hijos, y hasta ellos, congregado en su estirpe, y raza sobre raza, generó las herencias más oscuras del hombre, las sorpresas comunales que fundan, frente al mundo, nuestra vida.

José Manuel CABALLERO BONALD